

Presentación del discurso pronunciado por Azorín en Aranjuez el 23 de noviembre de 1913

José María Pérez-Agote

Universidad pública de Navarra

El 23 de noviembre de 1913 José Martínez Ruiz, Azorín, pronunció en Aranjuez el estremecedor discurso que ahora se reproduce en estas páginas. Un cúmulo de diversas circunstancias otorgan a esta alocución, en la que se condensan con singular crudeza aquellos males de la nación que la difusión del mensaje regeneracionista ya había convertido en tópicos, un papel extraordinariamente significativo en el devenir de la cultura y la política españolas previo a la instauración de la II República. A los cien años de ser pronunciadas, aquellas breves palabras resuenan con fuerza todavía; unas por su imprevista actualidad; otras por el vigor con que transmiten la oscura faz de la nación; y todas por la maestría con que las hiló su autor.

El discurso fue pronunciado con ocasión de un acto festivo que la intelectualidad del país, impulsada por José Ortega y Gasset y Juan Ramón Jiménez, organizó en Aranjuez como homenaje a Azorín. El mensaje del acto era múltiple, pues a la vez que la plana mayor de la cultura española mostraba su apoyo a Azorín tras el doble rechazo a su ingreso en la Academia reconociendo su ascendencia y la del espíritu del 98, Ortega se consagraba como líder de una nueva generación capaz de marcar la senda de la vanguardia. Se trataba, como manifestó el propio Azorín ante los congregados en los jardines de Aranjuez, de afirmar una tendencia. Y se trató de una movilización en toda regla a la que, atendiendo a la llamada de los señalados organizadores, se sumaron personalidades de la cultura tan destacadas como Corpus Barga, Manuel Cossío, Gómez de la Serna o Pedro Salinas, además de recibir adhesiones individuales y colectivas llegadas de muchos rincones de España mediante cartas y telegramas. Algunas de ellas, como las de Galdós y D'Ors fueron leídas, al igual que los textos escritos por Machado y Baroja para la ocasión, durante la celebración del evento (Martín, 1998: 83). En suma, la

generación del 14 fue presentada en sociedad. Así, el año de 1913 se consagran públicamente dos generaciones: la del 98 y la del 14.

Francisco José. Martín documenta detalladamente el proceso por el cual ambas quedaron definitivamente constituidas. De su pluma emerge como una obra maestra de movimientos estratégicos entre dos ajedrecistas bien avenidos que se jugaban el liderazgo intelectual de la vanguardia. Aunque Gabriel Maura, como señala Abellán (1973: 15), ya en 1908 había hablado en la prensa de la “generación del desastre”, Azorín se había mostrado remiso a aceptar un concepto de generación en el que él mismo iba incluido. Solo cuando un joven Ortega con vocación de líder muestra la intención de apropiarse para sí de la generación del 98, Azorín reacciona afirmándose públicamente en ella. Con ocasión del segundo rechazo de la Academia a la candidatura del autor valenciano, Ortega se apropiaba del título en uno de los artículos que dedicó al reconocimiento de Azorín en *El Imparcial*. Como quien no quiere la cosa, éste publica de inmediato en *ABC* la serie de cuatro artículos que ese mismo año apareció en “Clásicos y modernos” con el título de “La generación de 1898”. La suerte estaba echada. Como dictamina Martín, Ortega consolida el liderazgo de su generación con el apoyo de un Azorín que, a su vez, se gana a los jóvenes gracias al respaldo de Ortega (Martín, 2005: 74-75).

El discurso fue publicado en 1915 en la colección de la Residencia de Estudiantes. El volumen fue editado por Juan Ramón Jiménez, quien en septiembre de 1913 se había instalado en la Residencia como residente de honor. En él se recogía el cúmulo de textos escritos alrededor del homenaje, incluyendo los escritos *ad hoc*, los que habían aparecido en prensa así como las cartas y telegramas de adhesión. Biblioteca Nueva lo vuelve a publicar en 2005 con la adición de un excelente y extenso estudio de Francisco José Martín¹. Entre medias, el discurso fue reproducido en el número que la revista *Poesía* dedicó a la Residencia de Estudiantes. Hoy día se puede leer en la página web de la *Comisión para la celebración del centenario del homenaje a Azorín en Aranjuez el 23 de noviembre de 1913*.

1. ¿DÓNDE ESTÁ ESPAÑA? REGENERACIÓN Y CRISIS

¹ Destaca un único cambio de contenido entre ambas ediciones: la más reciente reproduce la Fuente del Niño de la Espina en los jardines de Aranjuez en lugar de la Fuente de Apolo que mostraba la edición original. Tal vez porque fue junto a aquella donde se congregaron los asistentes para escuchar a los oradores.

Antes de sumergirnos en la obra en sí y de indicar algunas claves interpretativas desde las que confrontarlo con nuestro propio tiempo quisiera evocar otro, aquél en que leí por primera vez el discurso de Azorín. Siendo estudiante de sociología en los años ochenta, tal vez recién licenciado, cayó en mis manos el ejemplar de la revista *Poesía* dedicado a la Residencia de Estudiantes, epicentro de lo que más apreciaba de la cultura española. Un Azorín para mí desconocido se asomaba en sus páginas para trazar el desgarrador retrato de las condiciones de vida en la España de principios de siglo con la precisión demoledora de un martillo de fragua blandido por experto herrero ¿Quién era este nuevo Azorín que nada tenía que ver con la imagen polvorienta y apolillada que de él transmitían los viejos libros escolares? Desconocidas sus convicciones anarquistas de los primeros años y su acercamiento al Partido Socialista durante la República, en el imaginario juvenil de aquel entonces Azorín, al estilo de Pemán, representaba lo más rancio y reaccionario de la cultura oficial de la dictadura. Es decir, lo más opuesto al espíritu vanguardista y modernizador del segundo siglo de oro. Y, por supuesto, nada tenía que ver con la reivindicación de justicia social para el campesinado depauperado ni con la autenticidad moral que desprenden estas palabras que hoy recordamos. Ciertamente nada como la denuncia de la injusticia era escuchado con más simpatía en las aulas de sociología en los años de la transición. Ciertamente que el discurso sobre los males de España no era un tema original y que la trayectoria de Azorín, como la de algunos de sus compañeros de generación, no fue siempre consecuente con los ideales y compromisos políticos juveniles. Pero, así y todo, son palabras que todavía hoy duelen.

Si no dolor, nos produce desazón la grave situación económica, política y moral que atraviesa la España actual. No hay alivio en la comparación con la aún más desgraciada coyuntura de la España de entonces, sino desánimo. Emulando a Larra, Azorín clama por España y no la encuentra: no halla sino el hambre, la enfermedad, la ignorancia, el abandono y la desesperanza. La inmensa mejora en las condiciones generales de vida durante las cuatro últimas décadas del siglo XX no puede ocultar que en el siglo XXI crece el número de personas sin hogar y de quienes, recordándonos a aquellos campesinos que carecían de un pedazo de pan que llevar a la boca de sus hijos, han de buscarlo en los contenedores de basura. Si en nuestra España urbana la oligarquía y el caciquismo hoy son un desvaído recuerdo cuyas trazas apenas entrevemos por dehesas y olivares, las corruptelas que entreveran de intereses privados la Administración Pública no son tan diferentes de las practicadas en la España de los recomendados y los cesantes. Pero tal vez sea pecado de optimismo considerar que oligarquía y caciquismo son cosa del pasado. Si, como hizo el propio Joaquín Costa, adaptáramos el concepto

al contexto, podríamos reformular la oligarquía como aquella partitocracia que se constituye en empresa orientada al lucro, pudiendo dedicarse a la explotación del país mediante un ejercicio del poder basado en la tiranía y el despotismo de casta². El clientelismo, que garantiza la fidelidad en el voto con independencia de la honestidad en el cumplimiento de los compromisos electorales de los partidos, ocuparía el lugar del caciquismo.

Costa, cabeza del regeneracionismo no pertenecía a la generación del 98, pero sus miembros, Azorín el primero, compartían muchas de sus ideas por más que en alguna ocasión el ínclito prosista despotricara de los regeneracionistas. La desconfianza hacia la política de partidos era una de ellas, aunque ello no les impidió perseguir el acta de diputado, con desiguales resultados. Así, en el discurso de Aranjuez, se desliza la idea de la inutilidad de la política por su disparidad profunda respecto de la realidad. Del sentimiento desgarrador que causa esta disparidad, afirma, nace el arte de “una generación” que combate el artificio político y los falsos valores estéticos³. Sin embargo, evita incurrir en el esteticismo que tantas veces se ha criticado del noventayochismo afirmando claramente que la estética no es más que una parte del problema social, que es elevado a “interés supremo, angustioso, trágico, por encima de la estética”.

En Aranjuez Azorín insta a la élite intelectual española, de un modo muy a acorde con el espíritu regeneracionista, a la revolución desde arriba; quiere que tome conciencia de la situación del campesino agobiado por el fisco y por las exorbitantes deudas de la usura acercándose físicamente a él, movilizándose en el sentido de ponerse figuradamente en el lugar del oprimido. A lo largo del discurso se observan fugaces destellos de su pasado anarquismo juvenil. Algunos de los grandes enemigos contra los que luchaba el movimiento anarquista hispano son, sin estridencias, aludidos como causantes de la mísera condición del campesino: la banca, que los somete a la usura, y el Estado, cuyo sistema político y fiscal la perpetúan y agravan. Ni la Iglesia ni las Fuerzas Armadas son mencionadas. Pero una chispa de ese antiguo fuego salta al confesar “un impetuoso deseo de aniquilamiento y renovación”.

² Véase cómo definió Costa la oligarquía de su tiempo:

“La oligarquía presente es una burguesocracia en que todas las capas de la clase media se han constituido en empresa mercantil é industrial para la explotación de una mina, el pueblo, el país; es una tiranía y un despotismo de clase en contra y en perjuicio, no de las otras, porque ya no las hay, sino de la masa inorgánica, desagregada y atomística que aun sigue llamándose nación” (Costa, 1901: 12).

³ El entrecomillado es mío. Sutil elegancia la de Azorín evitando el conflicto con Ortega al referirse a una generación indeterminada.

¿En qué se distingue el ansia de renovación regeneracionista del que hoy se extiende entre los españoles? Tal vez la principal diferencia sea que el clamor popular y las movilizaciones como el 15m son signos de una revolución desde abajo. Huelga insistir en los paralelismos evidentes que pueden trazarse entre la situación objetiva actual y la de entonces: crisis moral, degradación del sistema político, protestas en la calle, endeudamiento y especulación financiera, ambivalencia respecto a Europa... Pero, como no podía ser menos, también son perceptibles notables diferencias objetivas, como la que existe entre un proceso de carestía y el riesgo de deflación. El desastre del 98 como brutal desencadenante de la grave crisis moral y de identidad que sufría España a punto ha estado de ser replicado por un rescate que hubiera supuesto la rendición del Estado a poderes externos y la extensión de los recortes. Los derechos sociales de ciudadanía tardíamente conquistados hubieran sido nuevamente cercenados degradando aún más, si cabe, el nivel de vida de los españoles. Como entonces, la casta política no escucha. Sigue sin dar respuesta a la vieja pregunta de Larra, ahora formulada por la ciudadanía: ¿Dónde está España?⁴

2. “LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL” Y EL ESPÍRITU SOCIOLÓGICO DEL 98

La etapa anarquista de Azorín se cierra con un libro cuya existencia ha de sorprender a muchos sociólogos: “La sociología criminal”. Se trata de una obra que no presenta una relación directa con el discurso de Aranjuez, pero sí con el espíritu sociológico del 98. De los tres grandes problemas sociales que según Jerez Mir (1980: 379) caracterizan el momento finisecular, a saber, la crisis del parlamentarismo liberal, la cuestión regional y el problema social, éste adquiere un plus en relevancia desde el momento en que el regeneracionismo krausista propaga la actitud sociológica en su empeño por estudiar científicamente esa realidad social en crisis. Las inquietudes sociológicas formarán parte del espíritu de la época que cristaliza en la generación del 98 -en contraposición con el escapismo esteticista que también caracterizó al modernismo noventayochista- para culminar en el pensamiento de Ortega⁵. Por otra parte, se produce una paulatina expansión institucional de la sociología. Como ejemplo cabe mencionar la serie de cursos de sociología impartidos por la Institución Libre de Enseñanza

⁴ La pregunta mantiene suficiente identidad propia sin necesidad de complicar aún más la respuesta introduciendo la cuestión territorial en la ecuación. Mejor no pensar en el chiste fácil.

⁵ También la antropología social halló su espacio en el espíritu de época, como postula Gómez Pellón en su análisis de la obra de Unamuno (Gómez Pellón, 1998).

desde finales de los 70 (Saavedra, 1991: 93). Y, por supuesto, su entrada en la universidad abriéndose camino desde las Facultades de Derecho, en las que el krausismo penetró con fuerza (Sánchez Vera, 2003). De ahí que Azorín, que estudió derecho, llegara a escribir un libro de sociología, hecho poco o nada conocido en la sociología española. El hecho de que el contenido tuviera poco de sociológico no resta interés a un libro -y un título- que simbolizan esa actitud sociológica tan característica del 98⁶.

Azorín publicó “La sociología criminal” en 1899, el mismo año en que fue creada la primera cátedra de sociología en la universidad española, ganada por Manuel Sales y Ferré. Había de ser la culminación de sus estudios de derecho, que había comenzado en la Universidad de Valencia diez años atrás, pero que nunca terminó pese a los numerosos traslados que pasearon su expediente por las universidades de Granada y Salamanca hasta llegar finalmente a la de Madrid en 1896. De aceptar el juicio de Lily Litvak el desconocimiento y el olvido de este libro singular se deberían a su liminalidad: si para los críticos literarios constituía un ensayo tan especializado y desconcertante que no sabían cómo interpretar, los sociólogos y demás practicantes de las ciencias sociales no acababan de tomar en serio lo que consideraban un libro más entre los muchos escritos por el prolífico periodista y literato. Ciertamente, el olvido fue el destino de esta obra hasta su rescate por obra de la investigadora norteamericana.

Ángel Cruz afirmaba, erróneamente según parece, que Azorín finalizó sus estudios con éxito y llega a mencionar las calificaciones, no muy destacadas, que obtuvo en cuatro materias cursadas en Madrid (Cruz, 1947: XL). Por el contrario, Miguel Ángel Lozano elogia el libro valorando sus condiciones como las propias de la tesis doctoral que hubiera podido ser de haber terminado el autor su carrera (Lozano, 1998: 35). El hecho es que llegó a ser reseñado internacionalmente. Un amable correligionario ensalzó la obra en *L'Humanité Nouvelle* (Litvak, 1990: 148). Pero *L'Année Sociologique* no fue tan amistoso. Gaston Richard lo despacha en quince líneas que comienzan por afirmar que el contenido del libro no se corresponde con su título⁷. El mero tamaño de la reseña refleja la escasa

⁶ Ni siquiera el propio Abellán, cuya Sociología del 98 sigue siendo una referencia de interés, realiza un análisis estrictamente sociológico de su producción literaria y ensayística. Más bien parece contentarse con aplicar las nuevas corrientes de la crítica literaria, que buscaban las claves interpretativas en el contexto en que el autor producía la obra.

⁷ Gaston Richard fue el sociólogo que tuvo el honor de ocupar aquella primera cátedra de sociología que E. Durkheim fundó en Burdeos cuando éste se trasladó a Paris (Pickering, 1979).

relevancia sociológica que se otorgaba a la obra⁸. Pero ello se debe a que es considerado como aproximación histórica y crítica a las principales teorías de la responsabilidad y de la pena y no una investigación auténticamente sociológica. De hecho Azorín debió tomar muy en serio la redacción de este libro, pues se ha hecho notar que durante los dos años en que le mantuvo ocupado apenas publicó en prensa pese a la gravedad de acontecimientos como la guerra de Cuba.

Es cierto que buena parte del libro se dedica al examen de la metafísica desde Descartes a La Mettrie y Beccaria pasando por Spinoza y Leibniz. Y también hay que reconocer que su retórica decimonónica, no muy diferente a la empleada por el propio Durkheim, no muestra las cualidades que hicieron famosa su prosa. Sin embargo contiene puntos interesantes: por ejemplo, la sección dedicada a Lardizábal y a la escuela italiana de Lombroso, Garofalo y Ferri contiene una brillante contraposición dialógica entre el naturalismo de Lombroso y la teoría de la génesis social del delincuente formulada por Tarde. En definitiva, Azorín se propone demostrar el predominio de los fenómenos sociales en la génesis del criminal apoyándose en las leyes de la imitación de Tarde. Aunque el delito es producto del individuo, es la sociedad la que crea al individuo a su imagen y fomenta su predisposición al delito. En consecuencia el individuo podría ser no responsable socialmente siéndolo individualmente, puesto que se admite una influencia parcial de la naturaleza física en la determinación de la voluntad. Tal vez este debate no fuera de interés para el grupo de *L'Année*, pero en España, además de suscitar el rechazo de los sectores conservadores por su comunión con las radicales propuestas de Dorado Montero y Kropotkin, el debate incidía en un punto de tensión teórica entre el biologismo y el culturalismo que dividía a las huestes krausistas y que la cátedra de Sales y Ferré zanjó en favor de la primera opción. En definitiva, no cabe sino reconocer que a pesar del interés que pueda despertar como pieza arqueológica esta "Sociología de lo criminal", es mucho mayor el que a un sociólogo suscita hoy día el discurso de Aranjuez.

⁸ Ramón Ramos explica que una importante finalidad de *L'Année* era facilitar la información bibliográfica disponible a los investigadores ordenándola y valorándola según criterios sociológicos (Ramos, 1999: 21). Es de temer que el pobre Azorín no dio el peso en tan exigente tribunal.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, J.L. (1973): *Sociología del 98*, Barcelona, Península.

AZORÍN (1947 [1899]): *Sociología criminal*, en *Obras completas*, tomo I, Madrid, Aguilar.

AZORÍN (1913): *Discurso de Aranjuez*,

<http://azorinaranjuez.blogspot.com.es/2013/02/discurso-de-azorin-en-aranjuez-el-23-de.html>

AZORÍN. (1998 [1913]): “Clásicos y modernos”, en *Obras escogidas*, tomo II, Madrid, Espasa Calpe, pp. 815-1017.

AA.VV. (1915): *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, Madrid, Residencia de Estudiantes.

AA.VV. (2005): *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, Edición e introducción de F. J. Martín, Madrid, Biblioteca Nueva.

COSTA, J. (1901): *Oligarquía y caciquismo. Naturaleza. Causas, remedios. Urgencia de ellos*, Salamanca, Imprenta y Encuadernación Salmanticenses, Descargada en <http://www.juntadeandalucia.es/educacion/vscripts/wginer/w/rec/3222.pdf>

CRUZ RUEDA, A. (1947): “Introducción. Nuevo retrato de Azorín”, en *Obras completas*, I, Madrid, Aguilar.

GÓMEZ PELLÓN, E. (1998): “Unamuno y la Antropología Social”, *Revista de Antropología Social*, 7, pp. 23-65.

JEREZ MIR, R. (1980): *La introducción de la sociología en España. Manuel de Sales y Ferré: una experiencia truncada*, Madrid, Editorial Ayuso.

LITVAK, L. (1990): *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos.

LOZANO MARCO, M.A. (1998): “Introducción: los ensayos de Azorín”, en *Obras escogidas*, II, Madrid, Espasa Calpe, pp. 17-61.

MARTÍN, F.J. (2005): “Introducción”, en *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 11-106.

Número monográfico dedicado a la Residencia de Estudiantes (1984): *Poesía. Revista ilustrada de información poética*, 18-19.

PICKERING, W.S. F. (1979): “Gaston Richard: collaborateur et adversaire”, *Revue française de sociologie*, 20-1, pp. 163-182.

RAMOS, R. (1999): *La sociología de Émile Durkheim. Patología, social, tiempo, religión*, Madrid, CIS.

G. R. (Gaston Richard) (1900): Martínez Ruiz. – *La sociología criminal* (Le sociologie criminelle). 1 vol. petit in-8º de 207 p. Madrid. F. Fé, 1899, L'Anée Sociologique, III, p. 454.

SAAVEDRA, L. (1991): *El pensamiento sociológico español*, Madrid, Taurus.

SÁNCHEZ VERA, P. (2003): “Antecedentes de la sociología en la universidad de Murcia”, *Anales de Derecho. Universidad de Murcia*, 21, pp. 253-282.

Recibido: 4 de diciembre de 2013

Aceptado: 10 de diciembre de 2013

José María Pérez-Agote Aguirre es profesor doctor en el Departamento de Sociología de la Universidad Pública de Navarra. Trabaja principalmente en procesos de cambio en las sociedades modernas desde ámbitos como la teoría sociológica y la sociología de la educación. Actualmente sigue dos líneas principales de investigación. Por un lado, las transformaciones de la identidad y la ciudadanía en los contextos de diversidad cultural asociada a los movimientos migratorios y a la emergencia de escenarios transnacionales. Por otro lado, el análisis de los aspectos rituales y performativos desplegados en los movimientos de los indignados y otros movimientos actuales. jose.perez.agote@unavarra.es

Discurso pronunciado en Aranjuez el 23 de noviembre de 1913¹

Azorín

Queridos compañeros: Gracias cordialísimas a todos; gracias por siempre y para siempre. Hay tanta inmodestia en no aceptar tercamente un honor como en prodigarse persiguiéndolo. Se ha dicho que rehusar el elogio es deseo de ser dos veces loado; puesto que a la negativa del elogio, por nuestra parte, ha de corresponder cortésmente la reiteración de la loanza por parte del elogiador. Una consideración capital se ha impuesto a mi espíritu cuando surgió la idea de este acto: la consideración —que estaba en el ambiente— de que se trataba, más que de celebrar una persona, de reiterar y afirmar una tendencia. Afirmar, reiterar, corroborar, renovar una tendencia, haciendo una pública manifestación de solidaridad, de hermandad espiritual, de fraternal compañerismo. Lo que nos une aquí son ideas, sentimientos y anhelos que todos llevamos en nuestro espíritu y por los que todos suspiramos. No se trata de jóvenes o viejos, ni de tradicionalistas o revolucionarios en literatura. De viejos y de jóvenes no se puede hablar mirando a la edad; maestro de algunos de los que nos encontramos aquí fue D. Francisco Pí y Margall, y Pí y Margall, que murió en la senectud, acabó su vida en una esplendorosa lozanía de corazón y de intelecto. Jóvenes hay que son decrépitos; viejos hay que pueden dar lecciones de entusiasmo y de optimismo a los jóvenes.

No es principalmente una orientación literaria lo que, a mi parecer, nos congrega aquí. La estética no es más que una parte del gran problema social. Para los que vivimos en España; para los que sentimos sus dolores; para los que nos sumamos — ¡con cuánta fe!— a sus esperanzas, existe un interés supremo, angustioso,

¹ El texto está tomado de la página web de la *Comisión para la celebración del centenario del homenaje a Azorín en Aranjuez el 23 de noviembre de 1913*, que a su vez tiene como fuente la edición de Biblioteca Nueva en 2005.

trágico, por encima de la estética. Desearemos la renovación del arte literario; ansiaremos una revisión de todos los valores artísticos tradicionales; mas esas esperanzas y esos anhelos se hallan englobados y difusos en otros ideales más apremiantes y más altos. En balde perseguiríamos lo menos si no pusiéramos antes nuestro empeño en conseguir lo más.

Queridos amigos: En 1835, viajando Larra por los páramos deshabitados de Extremadura, después de haber recorrido —en la soledad y el desamparo— los viejos, pedregosos, polvorientos caminos de Castilla, preguntaba, haciendo un alto en su peregrinación: «¿Dónde está España?» La pregunta de Larra no ha sido contestada todavía. Han pasado ochenta años y aún podemos formular esa interrogación melancólica del satírico. ¿Dónde está España? Podemos formular esa interrogación a la vista del espectáculo que nuestro país ofrece. Salid de Madrid y encaminaos a Andalucía. Dejad atrás vuestros libros, los teatros, la charla amena en la tertulia, el paseo al anochecer por la calle reverberante de luz y bulliciosa. Olvidaos de las eternas y alucinadoras discusiones del Salón de Conferencias. Quedaos a solas con vosotros mismos. Ante vosotros se extiende el panorama de la campiña española. Ya no escucháis discursos grandilocuentes; ya no columbráis cruzar raudo el automóvil de un ministro. El campo está desolado, casi yermo; estos pobres labriegos que lo labran, apenas pueden, con lo que de la tierra sacan, satisfacer angustiosamente al fisco y pagar las deudas exorbitantes de la usura. Ved cómo la labor penosa de tierra ha encorvado —tras largos años— los cuerpos; ved sus caras flácidas, amarillentas, que desmienten el tópico, tradicional y poético, de los colores y las carnosidades campesinas. La inanición va minando, poco a poco, las generaciones de labriegos. Como con una hoz, son segadas las vidas por la tuberculosis. En las míseras casillas de los pueblos donde estos hombres viven, no hay lumbre ni pan; los hijos de estos hombres no tienen escuelas donde aprender los rudimentos de la instrucción. Al igual que en el siglo XVII, cuando los moriscos fueron expulsados de España, estos labriegos, con sus mujeres, con sus niños, pálidos, extenuados, cubiertos de andrajos, peregrinaban en bandadas por los caminos en busca del lejano mar: el lejano mar por el que han de caminar o morir lejos de esta tierra porque penaron.

¿Dónde está España? ¿Dónde está la fortaleza de España? Los países no son fuertes ni por sus ejércitos ni por sus acorazados. No sirven de nada ejércitos y acorazados cuando millares y millares de campesinos perecen en la miseria y la inanición. La fortaleza es una resultante del bienestar y de las justicias sociales.

Al recorrer estos campos secos y grises; después de hablar con estos labriegos resignados y tristes, cuando hemos estado en sus pobres viviendas, y hemos paseado por las callejuelas de los pueblos, y hemos asistido, hora por hora, al vivir cotidiano, fraternalmente, de estos hombres que, siendo compatriotas nuestros, parecen habitantes de otros hemisferios, un sentimiento profundo se apodera de nuestro espíritu. Es indignación y es desesperanza; es abatimiento y es impetuoso deseo de aniquilamiento y renovación. Todo se junta y se revuelve tumultuosamente en el fondo de nuestro ser. Ya en Madrid, ya en el Salón de Conferencias, ya con las diarias informaciones políticas delante de los ojos, no acertamos —perplejos, desorientados— a casar la realidad angustiosa y brutal que acabamos de ver con la siniestra frivolidad que desfila frente a nosotros. Discursos grandilocuentes, conferencias, entrevistas, idas y venidas, conciertos y desconciertos, manifestaciones, declaraciones, programas, todo esto, ¿qué te importará a ti, labriego atenazado por el hambre, labriego a quien tus hijos piden pan, pan que no tienes? Todo esto ¿Qué te importará a ti, menestral afanado en los cien pequeños oficios del hierro, de la madera y de la lana? Todo esto ¿qué te importará a ti, modesto ciudadano de la clase media, condenado al mayor de los tormentos sociales, el tormento de aparentar una holgura de que no se goza, un decoro reñido con la secreta angustia del apremio diario? Todo esto, ¿qué nos importará a nosotros, los que ante el panorama de Castilla, de Levante o de Andalucía hemos meditado el presente trágico de España?

Una disparidad profunda existe entre la política y la realidad. Con el sentimiento desgarrador de esa disparidad ha nacido a la vida del arte una generación española. La agresividad con que ha combatido el artificio político, la ha llevado a combatir, lógicamente, los falsos valores estéticos. Todo se encadena y enlaza. No seríamos consecuentes si, combatiendo la falsedad en la literatura, la aceptáramos o toleráramos en lo política. La hostilidad hacia lo que vemos que es obstáculo a la marcha de un pueblo. Amamos el paisaje de España; por primera vez en la historia del arte literario español se ha amado la Naturaleza por la naturaleza misma. A la comprensión del paisaje queremos unir la comprensión de la raza y de la historia. Deseamos que el legado clásico destaque en el tiempo, no abstractamente —obra de eruditos y de profesores vanos—, sino ligado a las circunstancias en que se ha producido, en fusión armónica con la raza y con el paisaje.

Queridos compañeros: Allá por 1721, y en estos mismos días melancólicos de otoño en que las hojas amarillean y caen, visitó estos mismos parajes de Aranjuez

un hombre de vivo y penetrante entendimiento. Venía de un pueblo en que Descartes, Racine, Le Nôtre, habían formado, diversamente, cada uno en su actividad especial, una atmósfera espiritual de lógica, de orden, de claridad y de realidad. Aludo a Saint-Simon. Saint-Simon ha dejado, en la parte de sus Memorias relativas a España, una serie de impresiones en que se aprecia el contraste entre el espectáculo español y esa temperatura moral de que ya antes he hablado. Tiempo después, a fines del siglo XVII, estuvo también paseando estas alamedas otro gran observador de los hombres: el caballero Casanova de Saingalt. En esas mismas páginas en que, también en sus Memorias, Casanova habla de Aranjuez, escribe las siguientes profunda palabras: «¿Quién duda de que España necesita de una regeneración, que no puede ser sino el resultado de una invasión extranjera, sola capaz de reanimar en el corazón de todo español ese hogar de patriotismo y de emulación que amenaza extinguirse en absoluto?» Como si estas palabras fueran una profecía, años después, en 1808, se producía la invasión, y en España estallaban brillantes manifestaciones de patriotismo. La renovación de la vida nacional no vino, sin embargo. Pero Casanova añadía: «Si España recobra alguna vez su puesto en la gran familia europea, mucho tememos por ella que no sea sino a costa de una terrible conmoción, Sólo el rayo puede despertar esos espíritus de bronce.»

Sólo el rayo puede despertar esos espíritus de bronce. Tal es nuestro marasmo, tal es nuestra secular inmovible inercia, que esas palabras son hoy, al cabo de más de un siglo, una abrumadora verdad.

Amigos, compañeros: Gracias cordialísimas; gracias por siempre y para siempre.